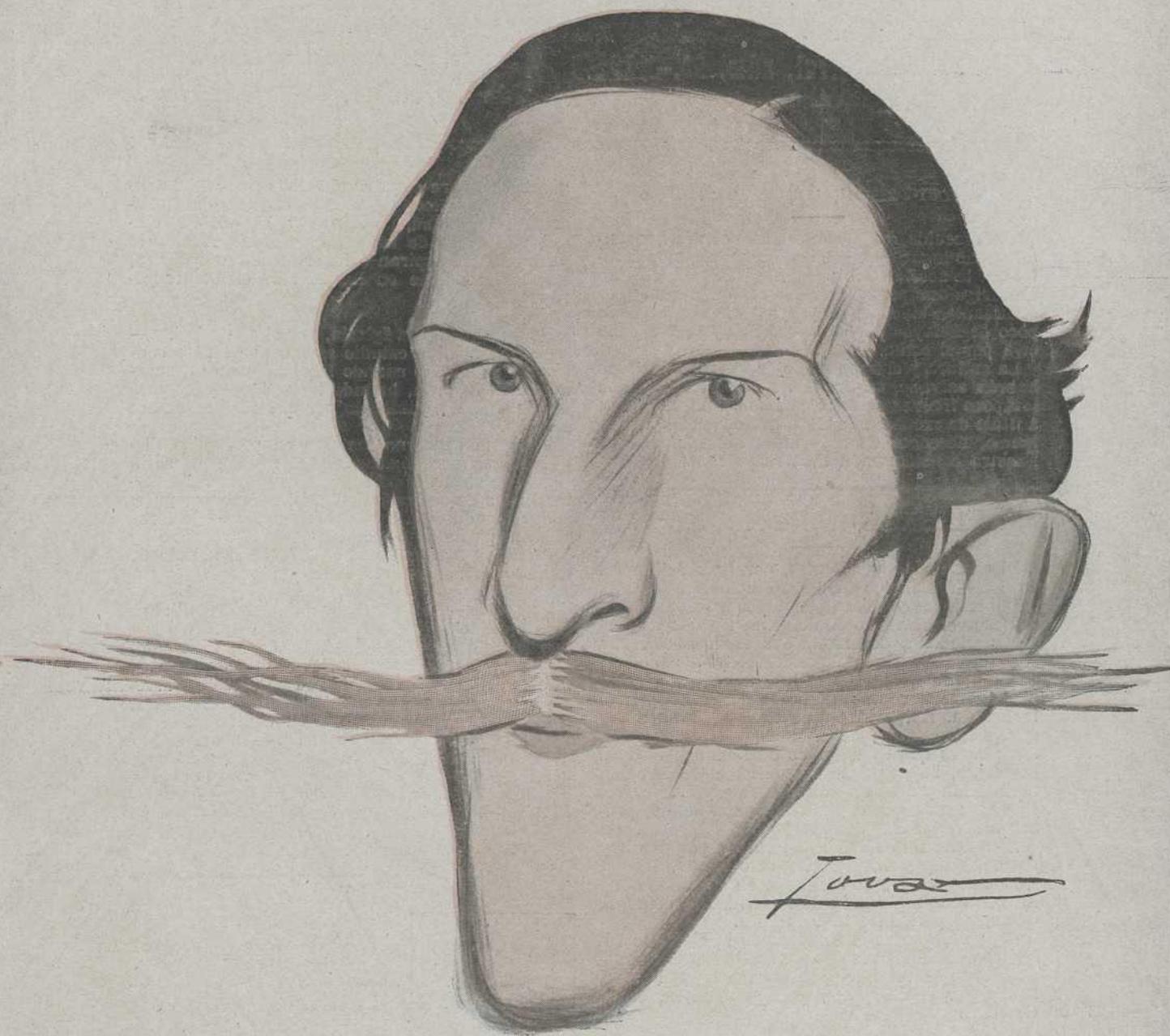


El Cuento Semanal



30 céntimos

EL SEÑORITO RURAL

FOR

::: PRUDENCIO GANITROT :::

::: Ilustraciones de BELLO PIÑEIRO :::

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO IV.—1.º de Abril de 1910.—NUM. 170

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

Advertencia á los lectores

Un descuido en la confección del número anterior dió lugar á que se deslizasen algunas erratas en la sección *Libros y Revistas*, tales como «Madrigales» por «madrigales», «Coullant» por «Coullaut», «inconcasas» por «inconexas», «un poco de Pelayo» por «un poco Pelayo», y alguna otra por el estilo.

La cultura y el buen gusto de nuestros lectores habrán salvado, seguramente, tales erratas, que tan poco frecuentes son en estas columnas. Pero, á título de excusa ante ellos, hacemos esta advertencia, deseosos de reiterarles la seguridad de nuestra consideración más respetuosa.

LIBROS Y REVISTAS

El encanto de sus manos, por Luis Antón del Olmet.—Trátase de un libro amenisimo y culto, cuya lectura cautiva, por todos conceptos. Es curioso ver cómo Antón del Olmet, á fuer de curtidor periodista, desarrolla sus asuntos con una soltura y una precisa ponderación, que sólo el habituado á bregar en la lucha del diario devorador, puede usar sin quebranto del interés ó la belleza. Así resulta que el escritor suelto, y que, como el autor de *El encanto de sus manos*, tiene cosas que decir, y las dice cuando llega el momento, se lleva sin discusión al lector á la meditación y á la sonrisa, al llanto y á la carcajada, sin más que dejar á la pluma sentir, pensar ó divagar con independencia.

Esta novelita es deliciosa: en sus páginas hay poesía, amargura, gracia y arte sano y bueno. Antón llegará pronto á obtener en el campo de la novela una reputación tan envidiable como la que como periodista hoy disfruta.

El tomo, que es el segundo de la elegante Biblioteca de Escritores Gallegos, está notablemente avalorado con una acertada caricatura del autor, hecha por el dibujante, gallego también, señor Castela.

La transformación del Estado, por León Duguit, y **La nueva orientación del Derecho político**, por Adolfo Posada.—He aquí un libro científico y de verdadera actualidad palpitante. M. Duguit trata en su estudio de las modificaciones que, á su juicio, experimentan las doctrinas de la *soberanía del poder*, de la *responsabilidad del Estado*, analizando la significación del *movimiento sindicalista*; es una excelente revisión de la teoría y del hecho del Estado, con la indicación razonada de nuevas doctrinas y de nuevas inspiraciones para la acción. El trabajo del Sr. Posada completa la obra del profesor francés, aportando nuevas indicaciones y realizando nueva crítica de las teorías políticas, y un amplio análisis de las doctrinas de M. Duguit. Unidos los dos trabajos, ofrécese al lector los elementos

necesarios para conocer el estado actual del pensamiento político, resultando el libro de extraordinaria utilidad, no sólo para los que se dedican al estudio de las ciencias del Estado, sino para cuantos aspiran á tener la cultura política, tan indispensable en las sociedades contemporáneas.

El Evangelio y la Iglesia, por el abate Loisy.—Este notabilísimo estudio social, que tantas controversias suscitó cuando fué publicado primeramente en Francia, ha sido traducido con esmero al castellano y publicado por el infatigable Paeo Beltrán.

No sería oportuno meterse en profundas disquisiciones sociológicas en este sitio, ni sería digno de obra tal consagrarle aquí algunas cortas líneas de crítica indocta. Limitémonos, pues, á dar la noticia á aquellos de nuestros lectores que se apasionan ó interesan por este género de estudios, y á felicitar al editor por el acierto de haberlo hecho conocer en España.

Prometeo.—He aquí el sumario del núm. 12: Los maestros de la pintura boloñesa, por Silvio Italic (Benito Buylla).—Etiología de la tuberculosis en el Ejército. Influencia de la redención en la tisis del soldado, por el doctor D. Pedro Farreras (médico primero de Sanidad Militar).—La princesa rubia, por Enrique F. Gutiérrez.—Portada (dibujo), por Julio-Antonio.—El drama del palacio deshabitado, por Ramón Gómez de la Serna.—Autobiografía, por Silverio Lanza.—Confidencias de un crítico, por Andrés González-Blanco.—Diptico, por Ricardo Baeza.—De las «Baladas para después», por Juan R. Jiménez.—Libros.



OBRAS DE PRUDENCIO CANTROT

Cuentos de abades y de aldea.

El camino de Santiago.
Rias de ensueño.

A LOS COLECCIONISTAS

DE

El Cuento Semanal

En esta Administración y en las principales librerías y kioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por **EL CUENTO SEMANAL** al precio de 30 céntimos ejemplar.

EL SEÑORITO RURAL

A Ulpiano Nogueira, culto
escritor é hidalgo amigo.

I

Floriano iba siempre á su casa á pasar las vacaciones del estio satisfecho y orondo, igual que el estudiante que después del curso aprovechado, busca el descanso en el regazo materno y en los plácidos lugares de la aldea.

Su padre, rico labrador, orgulloso de su hijo, relamiase de gusto cuando le mostraba las notas en las que aparecían en gruesos caracteres calificaciones tan honrosas como muchas veces falsas, y su madre, vieja aldeana, ilusionada con el futuro abogado de la casa, tenía unas lágrimas de ternura y de emoción para la grata nueva que iba adelantando la fecha de la licenciatura.

Todos los halagos y todos los cariños eran para él. Su madre decíale que se cuidara, que no abriera un libro; y la leche de la vaca más lozana y los frutos más sabrosos y la cama más blanda, eran poco para agasajarle.

Las mozas de la aldea miraban á Floriano con curiosidad y envidia. Bien se conocía que no era el de antes que con ellas bromeara y alternara en fiestas y ruadas. Su indumentaria de señorito no rimaba con sus trajes aldeanos, y hasta aparentaba no conocer á sus propios amigos de la infancia, con los que se había revolcado en las soleadas eras, sucio como ellos, con la barriega al aire y los pies descalzos.

Al decir de muchos, no era ésta buena conducta; pero aún había quién la disculpaba, porque un estudiante como Floriano, tan listo, tan aprovechado, que en la Universidad alcanzaba siempre las más honrosas notas, era natural que tuviera la imaginación fija en arduos problemas que le hacían olvidar cosas por demás sabidas.

Después de todo, quién sabe á lo que llegaría á ser Floriano. Su padre decía que el muchacho no aspiraba á ser juez del partido ni mucho menos; que sus inclinaciones eran por la política, y que primero en Portoval, luego en la corte, conquistaría un nombre prestigioso y tendría mando... Y el buen labriego se atrevía á hacer promesas para cuando su hijo fuera esto ó lo otro, que lo sería, porque de talento andaba so-

bradísimo; dinero tenía él lo suficiente, y tierras no digamos, porque eran suyas media parroquia y un poco más allá.

Del cuidado de estas tierras estaba encargado su otro hijo, llamado Alvino, mozo robusto y simpático, sobrado de energías y bondad y contento de ser como sus padres y sus abuelos, labrador. Pero no satisfecho de que para Floriano fueran todas las buenas palabras, todos los elogios, todos los cariños, y lo que es peor, gran parte del producto de las rentas que se cobraban en la casa.

Su disgusto sabía simularlo, igual que callaba las sospechas que desde algún tiempo mantenía respecto á su hermano, el que allá en Santiago hacía una vida desordenada, gastando alegremente el dinero que se le remitía y cuyas cuentas para libros, matriculas y demás *zaramallás*, no llegaban para tapar la boca de los acreedores.

Así, que en el verano, Alvino paraba muy poco en casa, con el pretexto de que las tierras precisaban más de sus cuidados y los jornaleros más vigilancia, evitándose de esta suerte oír las mentiras y engañosas de Floriano que eran escuchadas por los viejos, con la boca abierta.

Una vez, durante su estancia en la aldea, pudo notar Alvino que el hermano rehusaba su compañía. Aquello le hirió hondamente hasta el punto que se quejó á sus padres, y éstos, dando la razón al otro, hicieronle ver que era más que él; iba camino de ser abogado, de ser un señor de respeto, y como tal había que tratarlo.

Alvino calló. Ni una queja más pronunciaron sus labios.

Sin embargo, su presencia, sus miradas despectivas, sus caprichos, prontamente satisfechos, era algo que se le indigestaba sin poderlo remediar.

A veces se encontraban en la huerta; Alvino en mangas de camisa, apañando hierba ó reforzando con una trama de mimbres el parral, y Floriano con un libro bajo el brazo y su bastón en la diestra; el primero continuaba su labor simulando no verle, y el segundo, al divisarle, abría el libro y pasaba á su lado leyendo como un *moscardón*.

Sólo cuando, terminadas las vacaciones se ausentaba Floriano, adquiría de nuevo Alvino cierta tranquilidad y sosiego. Su padre echaba un vistazo á las labores del campo y la madre volvía á su vida habitual, trayendo repetidas veces á su conversar el nombre del estudiante, que tenía entre sus compañeros una bien conquistada fama de torpe, aunque, como los más agudos, sabía arrastrar su capa un poco gentilmente, á altas horas de la noche, por las rúas, lupanares y figones de la vetusta y monumental Compostela.

II

Alvino, á fuerza de ver aquel despego hacia su persona que contrastaba con el afecto manifestado por sus padres á su hermano, se fué haciendo poco á poco adusto como un *lobicán* de pajar, pero no sin perder por eso su fidelidad á la casa y su cariño por las tierras; el mismo cariño del buen labrador, que no se acuesta sin pronosticar el tiempo que hará al siguiente día y se levanta con el alba y sabe la hora que es mirando á la inmensa esfera del cielo estrellado.

El cuidaba de que la hierba cortada para los bueyes fuera menuda y fragante; que los riegos se practicasen á su debido tiempo y que el agua subiera una cuarta arriba por las cañas del mizal; que unos trapos hábilmente colocados llamaran á un sitio la savia de los jibosos árboles del pomar; que las doradas mazorcas del maíz se esponjasen al sol en la solana y que su hoja se secara en la era, tendida en amplias sabanas de lino; que una maraña de silvas impidieran alargar la mano de los rapaces traviosos hacia las viñas cargadas de uva; linderas al camino, y así lograba, con sus cuidados y sus afanes, que el sobrado estuviera siempre repleto hasta reventar, la bodega llena de vino, sabroso como el del Avia y del Condado, y que por las rendijas del hórreo se filtrara pocas veces el sol.

En todo el Arroibal le querían mucho. Por su carácter bondadoso y su noble corazón había conquistado el de todos, y servía de ejemplo para muchas madres, que lo presentaban como un modelo de mozos ó como un buen partido para sus hijas. Pero Alvino, que no se decidía por ninguna y que á todas por igual agasajaba en romerías y en *fiadas*, llegó á sentir el deseo de buscar alguien á quien contar sus penas, en quien desahogar sus dolores y aquel despego de sus padres, que hacía largo tiempo le convirtiera en adusto y reservado, que sólo olvidaba su pesar trabajando de sol á sol en sus huertos, siempre gruesos en hartura, que muy bien podían ser motivo para él gabarse de ellos.

Y pensó en una moza del lugar, la más linda acaño, que se llamaba Rosa, de mirada dulce y labios colorados y frescos como la flor de su nombre en una mañana primaveral. Y varias

noches, muchas, antes de conciliar el sueño, pensó en ella, tanto, que cuando á las dos semanas la encontró de propio intento en una vuelta del camino de Santo Payo, creyó que soñaba, porque aquella su cara parecióle más linda que nunca; y, al hablarle, se le trabó la lengua y asomaron á sus mejillas rollizas dos manchas coloradas, igual á las de las manzanas tabardillas en sazón.

—Mismo pareces más guapa que nunca, Rosiña.

—¡Ay! Preciáramelo de lo ser si lo fuera.

—Entonces gustaríasme menos—replicó Alvino.

—Barrunto que quieres bromear conmigo—dijo Rosa moviendo graciosamente la cabeza—. No me vengas con chuscadas. Tu hermano también hacía lo propio, y ya ves... Ahora, cuando viene á la aldea, parece un galán adolecido del orgullo.

Alvino se puso serio. El recuerdo de su hermano nubló ligeramente su vista y dijo:

—Pero tú sabes que yo no soy como Floriano. A Floriano hay que dejarlo...

La moza hizo asentimiento de conformidad.

—Sí. Tienes razón. Tú eres otro...

Anocheceía lentamente y á lo largo de un paisaje aureolado por la luz cárdena de la puesta de sol, se oía el agrío chirriar de los carros y se veía á las mozas tornar de la fuente como en un cuadro bíblico. Sonaban rancias canciones aldeanas y se percibía un fuerte olor á resinas.

Alvino acompañó á Rosa hasta cerca de su casa. Al subir por el camino del pinar que dice en un alto, volvieron ambos la vista y la dirigieron hacia el llano del Arroibal, donde en el centro de la extensa propiedad, se emplaza la casa paterna de Alvino, que era á aquella hora una mancha difusa de la que se destacaba únicamente la blancura graciosa de un palomar.

Varios vecinos los vieron charlotearoando con misterio antes de despedirse. No quisieron saber más. Parleruelos aldeanos, ávidos de una noticia fresca, pronto la propalaron por la aldea, dando por hecho las relaciones de los dos mozos; ella tan garrida y garbosa; él tan cumplido y galán.

III

El señor Ramón, padre de Alvino, al enterarse de aquellas habladurías, llamó á su hijo y le advirtió que no consentiría sus relaciones con Rosa. Rosa era hija de un labrador como él, pero sin bienes propios, más amigo de travesuras y embrollos que de pagar las rentas á su debido tiempo. Además, ¿para qué pensar en noviazgos? ¿No tenía lo que se le antojaba en casa? ¿Qué falta hacía en ella una boca más? No estaban los tiempos muy medrados para pensar en esas cosas.

—Tú loqueas, rapaz—le decía—; aún no hace tres años que te libré del servicio del Rey y ya

piensas en nuevos gastos. ¡Qué mocedad ésta! No tenéis comparanza con la de mi tiempo; entonces se procuraba el ahorro. ¿No ves estos dedos que tantas veces te mostré, torcidos como un «garabullo» que yo mismo tosté á la lumbre para librarme de ir á servir?... ¡Te quemaría los ojos para que no miraras á esa lagarta de Rosa, que si te quiere, será por tus tierras, que son las mías!

Alvino guardaba silencio, con la cabeza baja.

—Así Dios me salve como en ellas no reparo. Pero he de mirar á Rosa, que es mucho de mi agrado, cuantas veces de ello tenga ocasión.

—Si no es más que eso—dijo el padre lleno de conformidad—, mírala cuanto quieras; no te lo puedo prohibir. Pero cuida que muchas veces las miradas atraen demasiado y que las manos y los dedos quieren también ver lo que no alcanzan los ojos...

Alvino sonrió con disimulo, callando lo que de



—Mi padre—dijo cuando hubo terminado éste—, yo no hice mientes de eso ni idea alguna tengo por lo de ahora. Rosa no es para mí más que una moza que me gusta; pero si cuando me llegue el tiempo... ¡quién sabe!... Dice usted que es una boca más que entra en casa, y sería una sola cosa, bien linda por cierto; pero no se fija que también serían dos brazos robustos para trabajar en las veigas y para ayudar al no vagar de la casa.

—¿Y qué falta nos hacen los brazos ajenos si los tienes tú bien lucidos para el trabajo?

—¡Ay, mi padre! También los preciso para algo más.

—Déjate de cuentos. No pienses en tales cosas, que en esta vida todas son florainas.

buena gana hubiera de hablar. —¿Para qué disgustos ahora—pensaba—, si han de venir todos juntos algún día?—Y variando de conversación, dijo:

—Hay que azufrar las viñas y hay que mercar el sulfato. ¿Voy yo á Portoval á mercarlo, ó va usted?

—Vete tú. Mira, puedes aprovechar la feria de pasado mañana; llevas la caballería y cargas en las alforjas todo lo que sea preciso.

—Bien está, mi padre.

Entre el viejo y Alvino se entabló una larga conversa sobre el estado de los sembrados y sobre la necesidad de apurar las labores del campo. Alvino indicaba las medidas que había que tomar, á lo cual el padre asentía, convencido de las

acertadas precauciones de su hijo, que, como un labrador decano, sabía ver en las semillas el germen más ó menos robusto, en los botones y floraciones de los frutales el grueso ó cativo fruto, y en las nubes lontanas el agua vivificante y buena ó la sola enunciación de ella, que ni humedece la más superficial capa del terruño.

El señor Ramón apenas daba mérito á este mérito, pues pensaba que él también supo lo mismo cuando era mozo, y que el olvido en que ya tenía estas cosas era natural á su edad, y más cuando, dedicado largo tiempo á cuestiones de malicioso caciquismo rural, no fué mucho su vagar para dedicarse directamente al cultivo de sus fincas, teniendo además como siempre tuvo, buenos jornaleros, y siendo sus tierras soleadas y regadas sin cesar.

A él no le preocupaba más que el porvenir de Floriano. Tener un hijo abogado era su única aspiración, su eterno sueño, y al paladear de antemano el encanto de ser padre de un sabido letrado, de un pillastre político que acabaría con todos los pequeños caciques del contorno por el poder de su argücia y saber, sentíase tan lleno como al pensar que á su hijo, algún día diputado por el distrito, iríanle á recibir al empalme con música y en comisión todos aquellos que le trataban de igual á igual.

En cambio Alvino era para él como un jornalero más, honrado y adicto. El ser labrador solamente era bien poca cosa, y este hijo suyo iba camino de no pasar de este reducido límite, sumido siempre á la tierra, uncido al arado, al noble arado de sus mayores, que había desentrañado terrón á terrón la saneada fortuna de que era dueño.

Alvino andaba siempre con el traje remendado, sucia la cara y las manos como pertenece á quien sólo se dedica á las faenas del campo. Se confundía con cualquier hortelano que ganase cinco reales de soldada. En cuanto al otro, con sus trajes de corte irreprochable hechos en Santiago, daba gusto verlo.

Era todo un señorito, y he aquí que el señor Ramón, al verle de tal guisa, con el rostro afeitado y los modales desenvueltos, hacía la comparación, no ya fijándose en el camino que cada uno seguía, sino en los rostros de ambos; el del uno atezado y ordinario y el del otro limpio, sin las manchas y morenuras del sol. Y sentía orgullo de ir con éste á las aldeas cercanas y á la villa, sonriendo ufano cuando topaban con algún conocido, que se deshacía en elogios del estudiante, tan lucido, tan regalado, que «mismo—decían—no parece hijo tuyo, Ramón»...

IV

Del Arroibal á la villa no había más que dos leguas escasas, y para coger la carretera era necesario ir hasta el empalme por un viejo camino

que en otros tiempos era la principal calzada que atravesaba la comarca.

Por la carretera se iba á todas partes, y por el viejo camino sólo se iba al Arroibal; aquí empezaba y aquí pudiéramos decir que tenía su fin, mismamente junto á la casa del señor Ramón, por haber sido en otros tiempos solar de un señor que debía ser un hidalgo hambriento, sin escudos en la gaveta y con uno solo, bien cativo, por todo lujo, sobre la piedra del portalón.

Este camino del Arroibal al empalme era un bello camino, poco transitado y bien lleno de arboledas pomposas y altivas á sus lados. El suelo era pedregoso, y más de un muro desmoronaba sus piedras hasta más allá del linde.

... Era muy temprano, tanto, que las campanas anunciaban el alba, que sólo por el lucero matutino se podía adivinar. Aún no triunfaban las más altas ramas de los árboles sobre el cielo plateado del amanecer. Sólo un mirlo, silvestre, asobiaba amenizando la vieja calzada, que era como un sendero de lisonjas.

Un mozo, caballero en un rocín, de aquellos que tanto suben un monte empinado como andan leguas y leguas sin resoplar, iba por el camino, con las riendas sueltas y las piernas estiradas como el que deja que le lleven á su albedrío cuatro patas que apuran su andar al más ligero roce de las espuelas en los ijares.

Al llegar á una revuelta echó pie á tierra.

Entonces empezaba á amanecer y las sombras se disiparon lentamente.

Allí esperó largo rato. El mozo, que no era otro más que Alvino, miraba con impaciencia á todos lados. Iba al pueblo á mercar lo necesario para las viñas, en busca del remedio con que combatir la plaga que apodrece las uvas, é iba con traje dominguero, con amplio sombrero negro, con gruesos zapatones. Al pararse en la revuelta, parecía lleno de satisfacción, emocionado, impaciente, aspirando el perfume sacro del campo, como si para él fuera nuevo.

Después de una espera larga, apareció una moza que traía del ronzal una vaca castaña. Alvino no pudo evitar que sus labios modularan un nombre. Era Rosa.

Tras el monte apareció entonces el sol que ya doraba las cumbres, las altas cimas, y por entre unos árboles se filtró gracioso, á lo largo del camino, un reguero de él, tenue, suave, nimbando en luz á Rosa y á su albazana vaca, que proyectaron una larga sombra que iba á finalizar mismamente donde Alvino esperaba al pie del rocín.

Y juntos, después de un cariñoso saludo, siguieron hacia la feria de Portoval; Rosa iba á vender la vaca, con cuyo producto su padre quería adquirir unas tierras de labradío.

Los dos mozos, que ya se querían talmente como si fueran novios, se habían puesto de acuerdo para ir juntos y poder hablar á sus an-

chas á lo largo de la carretera, libres de las miradas indiscretas de los vecinos del lugar.

Alvino caminaba á pie, llevando el caballo de las riendas, y Rosa su vaca, cuyos cuernos los doraba el sol amoroso de la mañana.

Todo el camino hablaron de cosas indiferentes. Cuando llegaron al pueblo, entraron en el campo del ferrial y Alvino buscó acomodo á la vaca en el sitio destinado para su mercado, junto á un par de juvencos que una vieja llevaba también á vender. Allí había de esperarle Rosa mientras él iba á hacer las compras, y juntos harían el retorno.

Alvino terminó sus quehaceres bien mediada la mañana, y con las alforjas cargadas fué hacia la feria en busca de Rosa, dejando antes la caballería en la cuadra de una taberna cercana. La moza se hallaba impaciente porque nadie se decidía á comprarle la vaca. El precio que su padre le ordenara pedir por ella parecía á todos exagerado, y sin que apenas mediara regateo, los chalanés y compradores daban media vuelta, dejando á la moza angustiada, sin contestación.

Alvino, al enterarse de aquello, tomó á su cargo la venta del animal. ¡Lo que él no hiciera no lo haría nadie! Y, efectivamente, al poco tiempo, se acercó un señor con un claro quitasol y obscuras gafas que, examinando la vaca, preguntó su precio.

—Mil doscientos reales, señor—dijo Alvino.

Rosa, tirándole de la chaqueta, le advirtió por lo bajo:

—No te equivoques, que mandó mi padre que pidiese nada más que mil.

—¿Hacen cuarenta y cinco pesos?—dijo el comprador.

—Ni un peso menos de los sesenta. Si la quiere, llévela.

Un nuevo y minucioso examen y un breve regateo decidió la venta. Cincuenta y tres duros; y al poco rato, Alvino hacía sonar en una piedra peso por peso, mientras Rosa, asustada, creía que el señor del quitasol iba á reclamarles los tres duros de más del precio marcado por su padre.

Luego, tratando de no encontrarse con algún vecino del Arroibal, atravesaron el campo de la feria por entre el ganado, que mugía, y los feriantes que voceaban estrepitosamente, y penetraron juntos en una taberna, donde pidieron de yantar.

Rosa estaba agradecidísima á Alvino. ¡Qué bueno era! Este, con un respeto familiar y desinteresado, la obsequiaba sencillamente con vino, con pan y con palabras dulces que tenían para ella un sabor y sonoridad desconocidas. Hablaron de muchas cosas, y hasta en su parla se ocuparon de Floriano y del señor Ramón.

Entonces Alvino se expresó con amargura, y Rosa, consolándole, tomó parte en aquel dolor,

como si fuera un dolor propio que también la hería en el fondo del alma. Y los dos, unidos por igual sentimiento, procuraron olvidar tales cosas y hubo en sus miradas una íntima compenetración, un simultáneo dolor que, al ser repartido entrambos, era más llevadero para él que le soportara hasta entonces sin consuelo alguno.

Los dos mozos, de retorno á la aldea, tan pronto torcieron en el empalme dejando el camino real para dirigirse por el del Arroibal, caminaron lentamente. Rosa iba sentada en el jamego oyendo las dulces palabras de Alvino, que como un espolique sumiso cuidaba de las riendas, procurando que el paso de la caballería fuese tardó y perezoso.

Tras el valle de Romarey, lleno de luz, de color y de optimismo, de tierras arboladas y de grandes sembrados de maíz, aparecieron de pronto unas nubes blancas y negras que fueron corriéndose hasta ocultar el sol. Las hojas de los robles y los zarzales linderos al camino, cubiertos de polvo y sedientos de agua, agitábanse á impulsos de una brisa tenue. Las espigas del maíz, lucidas por la bendición del buen tiempo, del buen sol y la buena lluvia, que así habían sido al prodigarse justamente, balanceábanse con pesadez sobre su caña verde. Las nubes seguían corriendo, ocultando todo el azul; las blancas trocáronse en negras, y... comenzó á llover.

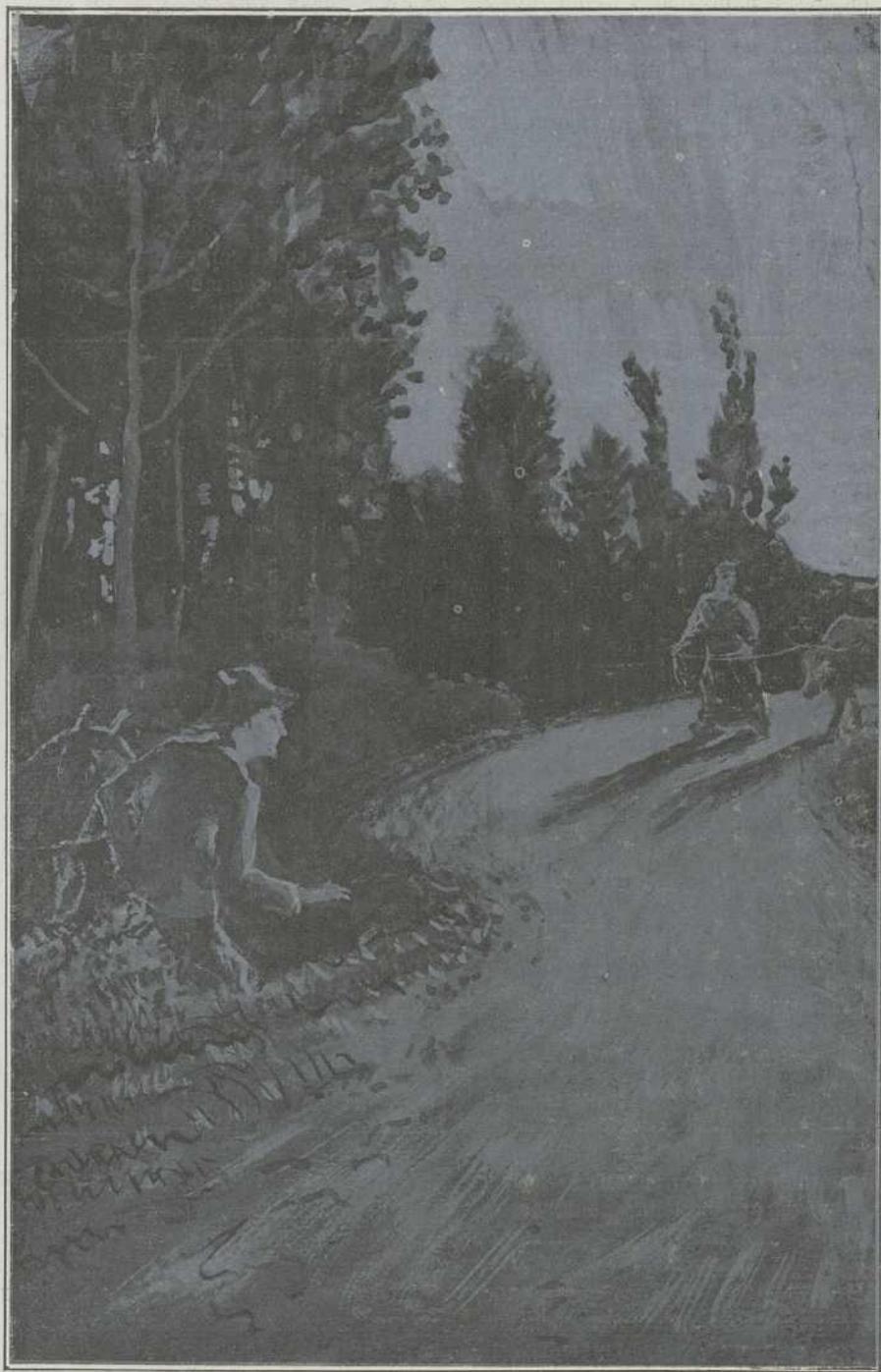
Las gotas de agua, gruesas como aquellas que son esperadas cuando la sequía, chasqueaban en las hojas secas y una arremolinada tolvenera de polvo levantábase en alto.

Rosa, tapada hasta la cabeza con la saya, sonreía siempre á Alvino, que, aguantando la lluvia, seguía á su lado. Pero ésta, cada vez más copiosa, espoleaba al caballo, y la moza, temiendo caerse de él, decidió echar pie á tierra.

Era necesario esperar á que escampara y fueron á cobijarse bajo un castaño; á su tronco mismo ataron la caballería.

Rosa, con las mejillas encendidas y el pelo humedecido, reía enseñando su blanca dentadura, y Alvino, satisfecho de aquel alto obligado y pintoresco que les había procurado acercarse más uno al otro, tenía palabras de gracia al mostrarle su camisa mojada y su chaqueta «pingando».

Ni un alma cruzaba á aquella hora el camino. Seguía lloviendo. Un perfume de flores bañadas y de frutas en sazón aromaba el ambiente. Los dos mozos, ajenos á todo, bien cobijados del agua por la copa redonda, llena de erizos ya del castaño, sintiéronse atraídos, y sus labios se juntaron burdamente, sonando un beso; luego un suspiro que parecía haber roto el justillo de Rosa, se confundió con unas palabras pronunciadas por Alvino, que fueron contestadas débilmente con una vaga oferta. Jadearon dos cuerpos, relinchó el caballo, y bajo la fronda de los castaños se realizó la consunción de una hoguera...



Y el ameno valle, perdido en el fondo de la aldea, clareó bajo una luz de paz. Había cesado de llover—ya hacía un buen rato—y la tierra, la fértil tierra, jugosa, fecunda y oliente, y el paisaje grato y mimoso, empezaron á dibujarse con sus contornos y sus colores de encantamiento...

V

Rosa y Alvino llegaron á quererse locamente. Al principio trataban de ocultarlo; pero como

éste es siempre indiscreto, no tardó en ser del dominio de todos, y claro está que á quien más se ocultaba, al señor Ramón, fué á quien más pronto llegó la noticia.

Los mozos se veían todas las noches é iban á veces hasta el soto, cuando la luna iluminaba los caminos y la copa de los castaños; amaban como dos primitivos la sombra de este árbol; platicaban con largura, y alguna tarde, en los agros desviados de la aldea, simulaban encontrarse...

El viejo labrador volvió á llamar á capítulo

á su hijo, y entonces, á presencia de su mujer, tuvo duras palabras para él y más duras todavía para Rosa. Su madre los corroboraba con torpeza.

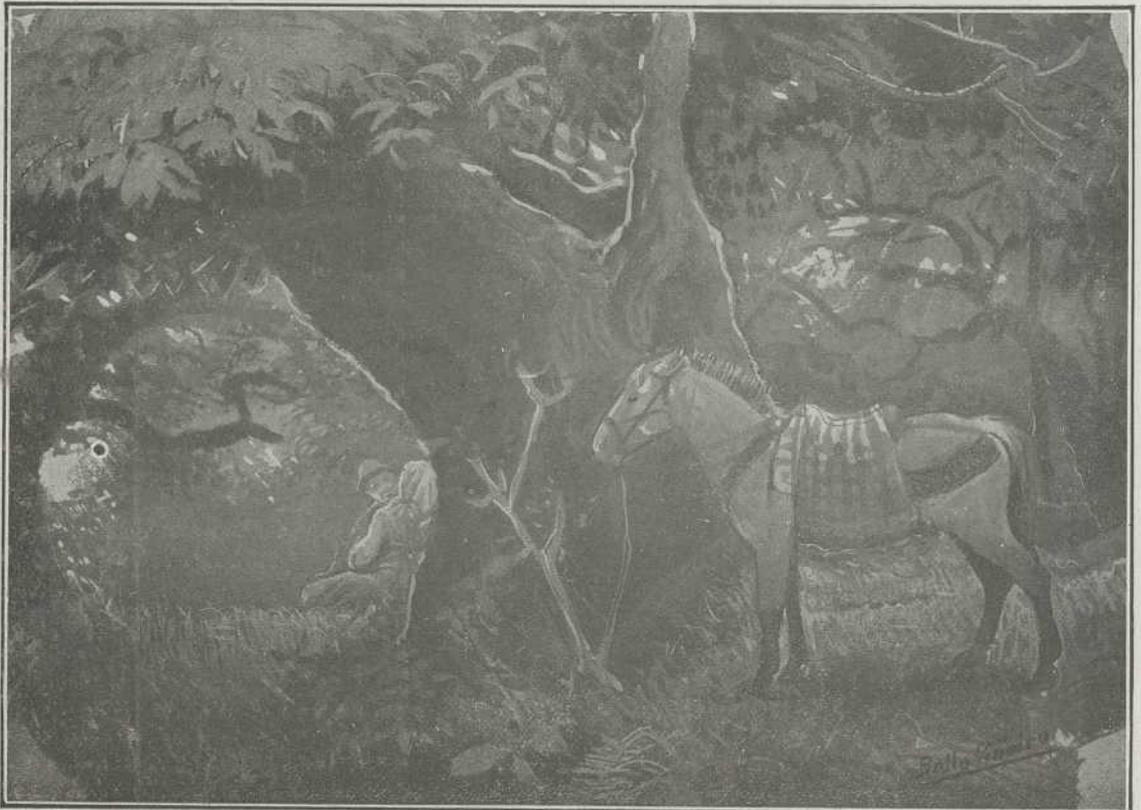
—Eres todo un mal hijo. Si te casas con ella, bien puedes franquear la cancilla y no volver más por esta casa.

Alvino parecía mudo ante estos reproches. Sólo cuando citaban á su novia levantaba la vista y hacía un gesto de desagrado que pronto se trocaba en otro de resignación. Luego parecía son-

drian en casa convertido en un letrado, con su título bajo el brazo, hecho todo un señor á quien habían de llamar con el tratamiento merecido.

VI

Pasaron unos meses de frecuentes disgustos entre Alvino y sus padres. El primero, cada vez más sumiso, entregábase, como de costumbre, á las labores del campo, cuidando los intereses de la casa y perdonando los reproches y malas



reir; por su pensamiento de fijo pasaba la imagen de Rosa y la idea de que aquellas palabras habían de ser compensadas más tarde por otras de cariño y consuelo.

Y esta actitud del mozo, pasible y resignada, era para sus padres motivo de mayor dureza, como les era grato siempre tornar al eterno elogio de los méritos y virtudes de Floriano, que cuanto más dinero pedía, más cariño ponía en sus misivas.

Floriano, ¡ah, Floriano! Este sí que era un hijo modelo, que llevaba más de ocho años estudiando la carrera de abogado después de haber salido del Instituto. —El pobre—decían—no sé cómo tanto resiste; ¡tanto estudiar! ¡tanto estudiar! Así venía tan flaco de Santiago. Bueno era que ya iba á dar fin á sus estudios; así lo había prometido solememente, y aunque otras veces se había equivocado, de ésta, para el mes de San Juan le ten-

palabras que oía sin cesar, y entregándose también al grato cariño de Rosa, que era más intenso cuanto más era el despego y oposición de los suyos.

La cancela que le invitaran á franquear parecía abrirse tantas veces, cuanto más su corazón sentía doble cariño por Rosa...

En esto llegaron los primeros días del mes de Junio, largos y floridos; el campo se engalanó como una moza que gusta de romerías y de donaires; las hortalizas lucían sus verdes politonos; la linfa de los regatos era cantarina y pródiga; los cerezos maduros, tenían á su pie el mastín del pajar, y entre el maíz temprano ya florecía el erguido pendón.

Las tardes eran claras, arreboladas hacia su final, de larga duración, lentas, longas... Toda la poesía de Fray Luis parecía haberse volcado sobre la aldea del Arroibal. La madre selva de los

bardales aromaba los crepúsculos, y el gorjeo de los jilgueros en la cima de los álamos, como los cantos que en la paz de la tarde entonaban las mozas, tenían en aquella majestad del paisaje el mismo valor de una Geórgica de Virgilio.

Un grupo de mozas, entre las que se hallaba la más linda del lugar, de mirada dulce y labios que fueran grana como la flor de su nombre—Rosa—, reían y cantaban en el camino de Santo Payo, por donde se va y se viene de la fuente.

Todas tenían en los labios la risa pronta y en los ojos una alegría sana y jovial. En los labios de Rosa se había secado aquélla, y de sus ojos meigos huyera la alegría, dejando á su alrededor una mancha violácea.

—¿Qué te pasa, Rosa? ¿Te picó algún bicho...?—preguntábanle con malicia sus compañeras—. ¿No te quiere ya Alvino? ¡Estás hoy muy triste...!

En esto apareció Alvino por un sendero. Venía de una veiga, de recoger una yunta de bueyes. Las mozas, al verlo, se lo dijeron á Rosa, que se puso colorada, esforzándose en no demostrar la lluvia de emoción que sentía sobre sí.

Alvino fué acercándose. Las mozas le miraban curiosas. Caminaba con paso recio, con la chaqueta al hombro y la aguijada en la mano; los bueyes, relucientes, de larga cornamenta y húmedo belfo, le seguían sumisos y pachorrenlos. Al llegar junto á ellas, las saludó sonriente, dirigió una mirada á Rosa y continuó sin volver la cabeza.

La moza, al recobrar de nuevo su color pálido y la expresión de tristeza, fué interrogada por sus compañeras, que pensaban que aquellos amorios tan comentados, debieron haberse enfriado, y como ella nada contestaba, tuvieron palabras de conmiseración y de consuelo, que Rosa escuchó en silencio.

Una de ellas había oído que aquella tarde llegaba Floriano al Arroibal. Rosa simuló desconocer tal noticia, aunque de sobra no la ignoraba. Otra agregó que venía con la carrera arrematada, y todas se pararon á comentar la llegada del estudiante, que era malquistado por mozas y mozos de su edad y, al fin, de su propia condición, á pesar de que vestía de distinta manera y de no haberse manchado las manos nunca apañando la olorosa hierba de los prados. ¡Y todo como si sus padres no fueran labradores y como si el ser labrador fuera deshonra!

Rosa, en silencio, oía los comentarios de sus compañeras, gozando en secreto de aquellas palabras que ella hubiera pronunciado de buena gana. La figura de Alvino colocábase á su lado, la acompañaba siempre con sus miradas y sus frases melosas.

Pero había cierta humillación para ella y para él, que ambos sabrían vencer esperando, y serían felices así que de lleno los alumbrase el

sol de la mutua felicidad, una sencilla felicidad aldeana, primitiva, sin la picazón del hastío, sin dolores y sin añoranzas.

VII

Floriano llegó, en efecto, aquella tarde, y sus padres, llenos de gozo y emoción, tan pronto reían como lloraban. El, en cambio, parecía menos satisfecho que otras veces, pues sentía que al finalizar su carrera, aquella vida regalada de estudiante no había de volver.

Cuando bajo la parra que entolda la puerta de la casa, recibía plácemes de amigos y vecinos, llegó su hermano conduciendo su yunta de bueyes. Alvino se acercó á saludarle con emoción y cortedad; ni siquiera se abrazaron. Floriano reparó que su hermano estaba pálido y desmejorado, con las manos yertas, los labios silenciosos y la frente llena de tristeza.

Por la noche, al terminar de cenar, la madre sacó á relucir la conversación de Rosa y de Alvino. Ya habían acabado el rimero de elogios y bienandanzas en favor del estudiante y media botella de tostado para celebrar la terminación de sus estudios. Este, empleando un tono doctoral, empezó á reconvenir á su hermano. Estaba enterado de todo; se lo había contado el padre desde el empalme.

—¿Por qué no dejas á Rosa? ¿Qué esperas de ella? Piensa lo que haces, Alvino—le decía—. ¿No sabes que no tienen sus padres la menor propiedad? ¿Vas á ser tú el que lleve todo el matrimonio? No te daremos nada.

—¡Eso es, nada!—dijeron á la vez sus padres—. ¡Ni siquiera una espiga de maíz...!

Alvino, harto de callar, irguió la cabeza, sus músculos se contrajeron y dijo con resolución:

—¡Ni una espiga...! ¿Y eres tú, Floriano, el que lo manda? ¿Quién eres tú? ¡Ah, sí, el que se aprovechó de todas las que de doce años á esta parte pasaron del hórreo á la mano del comprador; y ustedes—dirigiéndose á sus padres—, los que me negaron hasta el cariño, que á éste ofrecieron á manos llenas! ¡No me importa! La cancela está abierta para mí, bien lo sé. Por ella se va á otras huertas, y en ellas siempre habrá una tierra que labrar. Pero cuida, Floriano, que tú también puedes salir otro día por la misma cancela, y acaso no encuentres donde ganar un mendrugo; y eso que la ciencia que aprendiste en Santiago es ciencia que costó muchas onzas...

Su padre y Floriano protestaron de las palabras de Alvino. La madre guardaba silencio, mirando, asustada, la violenta escena. Alvino se puso en pie y, visiblemente pálido, volvió á acusarles con más indignación y altivez; parecía retarles con la mirada; quiso marcharse, y Floriano entonces, cogiéndole de un brazo, em-

pleó un tono suave; haciendo uso de toda su elocuencia.

—No valía la pena disgustarse. Después de todo, las relaciones con Rosa no pasarían de ahí. Podían dejar de quererse con el tiempo, y en verdad que Alvino no mentara aún el deseo de casarse.

—¿Qué sabes tú? ¡Vienes á meterte en mis cosas cuando yo nunca me metí en las tuyas! ¡Pues sabrás que yo no dejaré de querer á Rosa con el tiempo! ¿Qué es eso del tiempo? Pienzas que soy como tú, que hasta te olvidas de que somos hermanos... La boda nunca la menté, eso es verdad; pero desde este momento debo decir que sí, que quiero casarme; tengo edad para ello, tengo unos brazos robustos para ganar el pan, y tengo... un compromiso que honradamente debo de cumplir, ¿me entiendes?

—¡Ah!... ¿Pero hay más que simples amoríos entre tú y Rosa?—preguntó la madre.

—Sí, hay más...

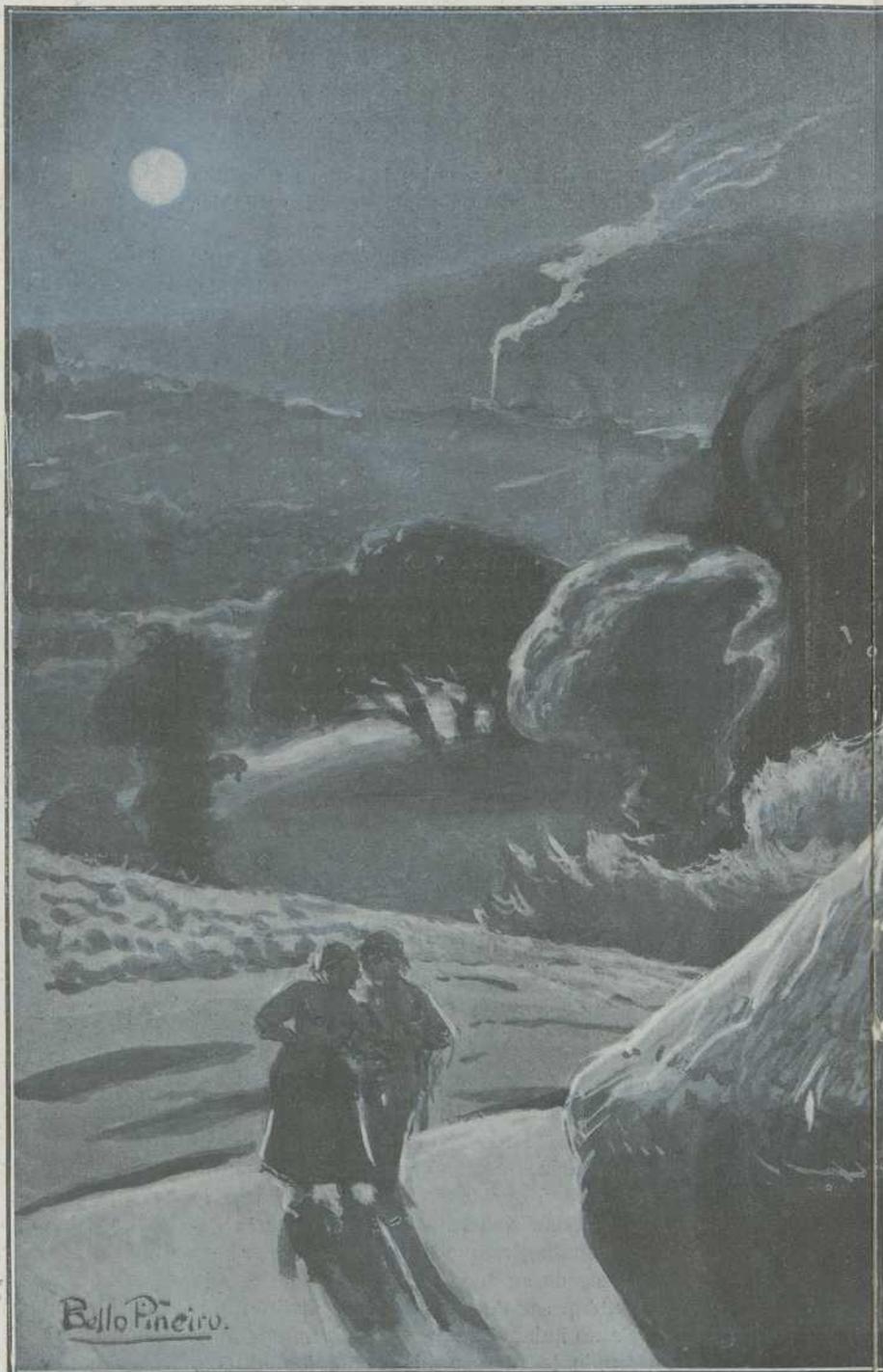
—Eso no tiene importancia—dijo Floriano con displicencia—; casi todas las mozas se dejan... y luego no exigen ningún cumplimiento ni reparo; ¿lo tienen ellas acaso al dejarse? En las ciudades eso se ve mal; pero en las aldeas...

—Son tan honradas como en el pueblo—añadió Alvino atajándole—, ¿qué te crees? Porque estudiaste en unos libros mentirosos, que no aprendiste, ¿vas á predicar cosas que no son de razón? Yo me casaré con Rosa; ella es de mi igual; tú te casarás con una señorita de esas que dices del pueblo, emperifolladas y faramalleiras, también de tu igual; y yo seré tan dichoso cavando la tierra, como tú defendiendo pleitos... Si son gustosos en que siga en casa—prosiguió—, bien; si no, me es lo mismo.

El padre, en tono sentencioso, dijo:

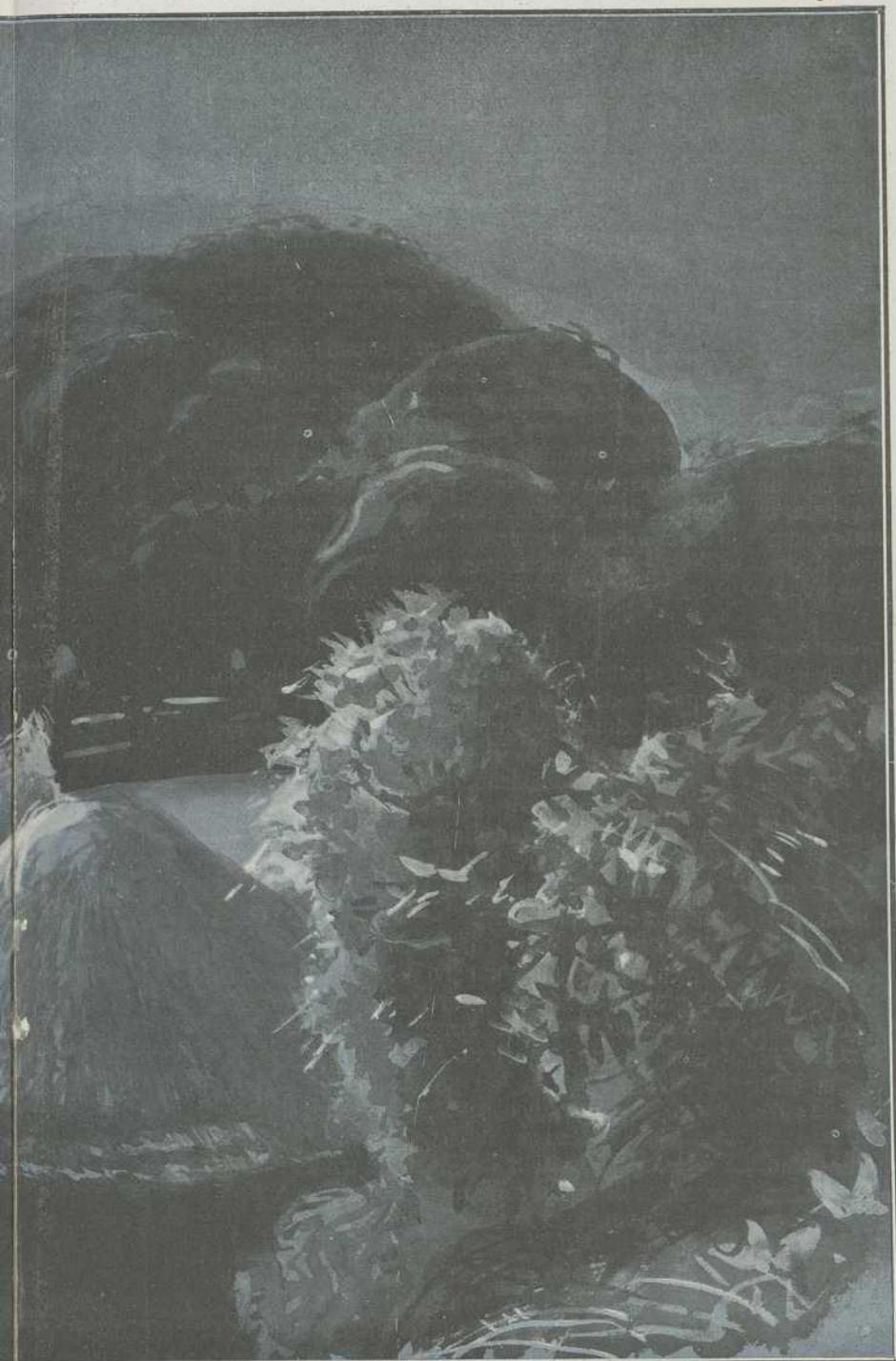
—Cásate, si quieres, y bien sabe Dios que no lo digo por el compromiso que con ella contrataste, sino por tu empeño; es duro cerrar la puerta de casa á un hijo. Si algún día te arrepientes, no me digas nada...

Un vago silencio se hizo en la estancia. La ma-



dre parecía sollozar. El señor Ramón, con la mirada fija en un vaso mediado de vino blanco que se transparentaba bajo la luz de la lámpara, se mantuvo inmóvil largo rato. En la huerta cantaba un mochuelo; en la aldea ladraban los perros. Floriano liaba un cigarro, y Alvino, con la cabeza erguida, se fué por el pasillo obscuro que daba á la cocina.

Una criada, que entró á recoger el mantel de la mesa, rompió el silencio diciendo:



—Mi ama, ¿cuántos pollos mato para mañana?
—Los que quieras—contestó secamente.
—¡Ay, qué poco alegres están, Dios me valga, cuando debía de haber esta noche fiesta en casa con el señorito aquí, hecho un señor abogado! ¡Caramba!

Estas palabras tuvieron para los dos viejos el valor de un conjuro. Sus ojos se animaron simultáneamente. ¡Era verdad! No habían reparado en ello desde hacía cerca de una hora... ¡Demontre

de Alvino! Tan buen rapaz, porque, vamos, no era malo del todo, y... tan chifladiño por Rosa...

Al poco rato empezaron á llegar vecinos y conocidos, que saludaban con cariño á Floriano. El vino corrió pródigo, animó las lenguas, y los elogios y las bienandanzas brotaron de nuevo, alegrando á los dos viejos, que los repetían embobados, henchidos de orgullo.

Y hasta media noche hubo risas y hubo cantos. Un acordeón desafinado amenizó la fiesta, en tanto Alvino, rendido de la tarea del día, roncaba en su cama de jergón de hoja, buena y tranquilamente, como un bendito, como un santo de Dios.

VIII

Al llegar la época de las romerías que antecede á la de la vendimia, Floriano empezó á sentir nostalgia por su vida de estudiante, y de antemano supuso había de echar muy de menos los días de Santiago, de sabrosa vagancia y dulce holgar. La aldea le hastiaba con su monotonía; todo era siempre lo mismo, sin conflictos, sin preocupaciones, sin reyertas con las patronas... Y como se guardaba mucho de alternar, como no fuera con alguien de su igual, pasábase el día sin despegar los labios, contestando sólo á las preguntas ociosas de la madre. Cuando iba de paseo, no olvidaba llevarse algún libro bajo el brazo, que ni siquiera había de abrir; y más de una vez los perros guardianes de su propia huerta le ladraban al pasar.

Con frecuencia iba á otras aldeas á asistir á romerías, invitado por los párrocos, que le sentaban á su mesa; pero el gesto petulante del muchacho, su ignorancia supina aun de aquellas cosas frívolas dichas con amenidad y gracejo de que tanto gustan los curas aldeanos, era tanta, que se guiñaban el ojo entre sí y se decían por lo bajo:

—Lo que es este letrado...

—Y diga—le preguntaba alguno con malicia—, ¿va á ejercer?... ¿va á ejercer?...

—¡Psch!, veremos.

—¡Oh!, lo que es su padre, tiene bien de dinero, y excusado es que se rompa usted la cabeza.

—Bien me la rompí en Santiago—decía moviéndola.

Un día se le acercó un labrador vecino del Arroibal que tenía una cuestión en el Juzgado; todo se reducía á que los civiles le habían cogido cazando sin licencia, con hurón, escopeta y redes.

—¡Ay, don Floriano—le decía el labriego—, yo no había cazado aún más que tres conejos, y era muy temprano; casi amanecía, cuando vi llegar al cabo y al guardia; me trincaron, me «arrincaron» todo de las manos y me dijeron:—Venga con nosotros—, y nada menos que me llevaron hasta el Juzgado de Vilaboa! Yo le dije al cabo:—Señor cabo, por sus difuntos, llévase toda la caza y el hurón, pero no me lleve tan lejos, así, entre ustedes, como si fuera el destripador; le doy un peso, que llevo aquí...—¡Nunca Dios me diera, ni nunca tal hubiese dicho! ¡Ay, aquel hombre cómo se puso!... Llegamos «onde» el Juez, hizo el atestado por intento de soborno... y luego no me devolvió la escopeta... ¿Qué le parece?

Floriano quedó preocupado; echó mano á un libro, ojeó unas páginas, y después de un largo rato, como ocurriéndosele una gran idea, dijo:

—Venga mañana por aquí.

El labriego, rascándose la cabeza, expresión popular de la desconfianza y sagacidad campesina, masculló:

—Y luego, ¿no sabe de eso don Floriano?

—Sí; es que...

—¡Ah! ya comprendo; usted quiere hablar con el cabo para que él le entere. Pues mire, otra vez, antes de ir á cazar, se lo preguntaré yo verá cómo así no hay peligro.

Y se fué.

Floriano, que había pensado pedirle por aquella primera consulta el duro rechazado por la autoridad, tiró el libro en el estante, se fué á la ventana y se puso á silbar una dulce tonada portuguesa.

Cuando llegaron los primeros días de otoño, nubosos y tristes, y en la solana desgranaban las mozas el maíz entre risas y burlas, época en que todos los años abandonaba la aldea, se apoderó de Floriano una vaga melancolía. En algunos momentos sentía el deseo de acabar con aquella vida de molicie; mas dejaba pasar los días dándose tregua á sí mismo; y corrieron las semanas, y ya el cerdo se desalaba en la gran artesa y los jamones y morcillas se ahumaban en la chimenea.

Sus padres le veían contrariado, sin atreverse á preguntarle las causas de su pesar.—¿Qué tendrá?—se decían con misterio—. Mal secreto no ha de ser; nada le falta y el muchacho está como adolecido, y ya va para los treinta. Mismamente—argüía la madre—, hace veintinueve para Reyes. Lo mejor es dejarlo que haga lo que él quiera; ya dará de sí todo lo que debe...

Alvino, en cambio, cada vez más robusto, más trabajador, aparecía ahora menos preocupado que antes; habíase acostumbrado á la presencia de su hermano, con quien pocas veces cambiaba la palabra. Sus relaciones con Rosa se habían formalizado, y ya entraba en su casa, donde los padres de ella tuvieron los justos reproches para los de él. Allí pasaba parte de la noche, parolando en la cocina; y cuanto más crudo era el tiempo, más se acercaba á la lumbre ó más uno al otro cuanto más se querían, en largos momentos de ternura.

Los mozos ya se permitían marcar una fecha para el casamiento. Era necesario efectuarlo antes de otro suceso, y los padres de Rosa, gustosos en ello, y los de Alvino remolones, transigiendo á contrapelo, se habían visto y hablado. El único que se oponía resueltamente era Floriano; pero Alvino, libre ya de temores, sonreía sin hacer el menor caso, paladeando de antemano el regalo de una nueva vida.

IX

Un día llegó el señor Ramón á su casa contento que daba gloria. Buscó á Floriano, encontrándole tumbado sobre la cama, mirando para las vigas del techo, y le gritó:

—Alégrate, muchacho, que vengo de ver á don Silvestre; vamos á ir «onde» él mañana. Me dijo que te lleve, que te quiere conocer y que está dispuesto á procurarte trabajo en unos pleitos.

Floriano se desperezó, y mirando á su padre con incredulidad, dijo:

—¿Y luego?...

—Pues nada. Que fui cabe de él para tratar de los pinos que se nos quemaron el mes pasado, y hablando, hablando, preguntóme por ti, y al explicarle que estabas en casa un poco cuitado, me dijo:—Hombre, eso no está bien; que me venga á ver, tráitelo contigo; hay que levantar á ese muchacho.

Floriano, que había escuchado tendido en la cama, trató de incorporarse, y su padre, con toda ingenuidad, cogiéndole por un brazo, le dijo:

—No, ahora no te levantes, muchacho. Déjate estar, que estás bien; mañana será otro día...

Y se fué á contar la nueva á su mujer, que emocionada, vertió una lágrima sobre el regazo, lleno de espigas. Floriano quedó sobre el lecho, más pensativo que antes, y cada viga era un mundo que se le venía encima.

Aquel don Silvestre de quien el señor Ramón hablaba tan entusiasmado, era un rico señor que habitaba en Romarey, á una media legua del Arroibal, en una casa medio hidalga, rejuvenecida con galerías, con palomares de torneados remates, con tejadillos á la inglesa y trozos de la fachada pintarrajeados de azul, de amarillo, de encarnado y otros con azulejos y ladrillos.

Sobre esta abigarrada nota, se aburría un torreón, entre cuyas almenas, abandonadas á la flora silvestre, flotaba á veces ropa blanca á secar. Bajo un alero de zinc campeaba un escudo de piedra que, cuando la humedad ensuciaba, obscureciendo los emblemas de sus cuarteles, era fregado con lejía.

En todo el contorno llamaban palacio á esta casa.

Era el dueño de este palacio—don Silvestre de Moscoso—, como puede suponerse, todo un gran

linajudas sin serlo; y no faltó también entre ellos algún pobrete atrevido que rondaba la finca temeroso de un encuentro con don Silvestre. ¡Ah! Don Silvestre las quería casar á todo trance; pero siempre la volubilidad de las niñas estropeaba sus planes y proyectos, dando largo y sabroso asunto para las comedillas de las gentes ociosas, y las del linaje aquel... ¡Lo que dieran que hablar las de Moscoso...!

Don Silvestre apreciaba mucho al señor Ramón; ambos tenían fincas que lindaban entre



señor. Alto, erguido, de mirada y continente noble; su barba entrecana y las gafas del bigote erguidas, dábanle aspecto de tal; una gran figura para llevar un estandarte ó lucir un pomposo uniforme.

Y era, sin embargo, muy llano en su trato, aunque no lo parecía, como era también apegado al dinero, aunque simulaba no serlo. Y como hombre de su tiempo, sabía entretenerlo haciendo escapadas á Madrid y otros pueblos, ó requiriendo por los escondrijos de su extensa finca á las jornaleras guapas y buenas mozas.

Su señora, que había sido una joven muy fea, dueña de la fortuna de que se disfrutaba en la casa, vivía olvidada y delicada en el palacio, conservando aún hacia su esposo un amor inextinguible. Tenían dos hijas, ya casaderas, que se habían criado robustas y guapas á la sombra de los castaños, haciendo vida rústica, casi selvática, entre los muros de la finca. Habían tenido varios novios, que eran mozalbetes de Portoval—apenas distante este pueblo de Romarey dos kilómetros—, hijos de familias que se creen

si y nunca tuvieron el menor conflicto por los riegos y las servidumbres, pues todo lo arreglaban amistosamente, aunque justo es decir que el labriego solía perder de sus derechos por no disgustar á su colindante. Así que, al hablarle de Floriano, ofreció protegerle, y he aquí al señor Ramón y á su hijo, camino de Romarey.

El viejo no cesaba de aconsejarle gran humildad y cautela; aquel era un paso definitivo en su vida, y como afirmándolo, golpeaba el amplio paraguas en el suelo, á la vez que caminaban. Floriano, con las manos en los bolsillos y el bastón bajo el brazo, aparentaba indiferencia.

Al llegar al palacio, un criado les hizo pasar á una sala, de cuyas paredes colgaban varios cuadros y retratos. El de don Silvestre era de tamaño natural; aparecía vestido con un traje insólito y suntuoso, medio cubierto con un manto, tocado con tricornio de plumas y al cinto un espadín. A su lado estaba el de su esposa, de mucho menor tamaño, en el que aparecía sencilla, fea y descolorida, con un abanico en la mano que obscurecía una begonia medio seca;

el marco, pobre y desconchado, tapaba casi el escudo de sus mayores que se dibujaba en un ángulo del lienzo. El retrato de él triunfaba por su tamaño, por su color y por la apostura. Don Silvestre parecía el noble; ella la zafia plebeya encumbrada por el esposo.

Desde la ventana ofrecía el jardín el noble aspecto de un parque inglés con sus avenidas rectas y caminos que describían majestuosas curvas por entre cuadros de hierba lozana, y limitando éstos, había unas botellas negras con el cuello enterrado en la tierra.

Por una de estas avenidas apareció don Silvestre con una regadera en la mano; venía de cuidar sus flores, un cercado pequeño que abonaba con café y excremento de canario. Al ver á sus visitantes, entonces asomados á la ventana, los saludó y dijo que esperasen. Al poco rato se hallaba entre ellos, en aquella pintoresca *deshaville*, y comenzó á hacer preguntas á Floriano.

—Que si tenía afición á la carrera, que si ganas de trabajar, que por qué no abría consulta en Pórtoval, en la calle de Miguelina. ¡Oh, la calle de Miguelina! Era la mejor de todas para abrir bufete. Allí don Angel, don Francisco, don Eugenio habían hecho mucho dinero. Era una gran calle indudablemente...

El señor Ramón se permitió corroborar sus palabras.

—Es cierto. Hasta un herrador que hubo allí hizo dinero, ¿verdad, don Silvestre?

—Hombre, no hablemos de eso—le dijo. Y después de un breve intervalo, añadió:—por cierto que allí me mataron un caballo; me deshicieron el tronco, ¡caramba!

Luego terminaron por convenir que en aquella calle había gente lista y gente que era todo lo contrario; se ganaba dinero y hasta se hacían fortunas con rapidez, y se fabricaban diputados... ¡Qué calle milagrosa! Por algo le habían llamado en otros tiempos la «Charca de las Ranas».

Don Silvestre se sentía irónico á veces, con esa ironía superficial, á flor de piel, que caracteriza al que ha sido martirizado por la de los demás, ingeniosa y cruel.

—Conque ya lo sabe—repetía á Floriano—; hay que trabajar, hay que trabajar; precisamente en esta tierra todos somos pleiteantes, y eso es un bien para ustedes.

—¿Y no tiene usted ningún asunto que darle al muchacho?—preguntó el señor Ramón.

—No, ahora no; pero descuide, que de tenerlo, nadie más que su hijo lo ha de arreglar. Por más que yo trato de evitarlos en cuanto puedo. ¡Meterme yo en justicia! Prefiero antes matar los caballos de hambre... Pero, á veces, psch; ¡qué demonio!, no hay más remedio.

Floriano arguyó ingenuamente:

—Cuando le asiste á uno la justicia y es ultrajado, no hay que temer.

Don Silvestre sonrió, exclamando:

—Pero ¿usted aún cree en eso? La justicia le ayuda á uno más cuando no acompaña la razón. La razón y la ley son letras muertas, muchacho.

Y echándole una mano por el hombro, añadió sentencioso:

—No olvide esto, que es una gran verdad. Tén-galo presente.

—Tiene razón, don Silvestre tiene razón; hijo mío, aprende, que él es perro viejo—dijo su padre.

Y se despidieron, acompañándoles don Silvestre hasta el jardín. Antes de llegar á la verja, Floriano divisó, al último de un paseo, cercado á ambos lados de hortensias, á las dos hijas de don Silvestre, que, recién peinadas, bonitas y frescas, con la falda corta que usaban por casa y un *matinée* blanco, correteaban alegres y despreocupadas. Las miró con insistencia y, al pasar cerca de ellas, se descubrió galantemente, volvió á mirarlas y ellas tornaron á su distracción, corriendo por entre los macizos y la verdura de los arbustos, que se estremecían al menor soplo. Se percibía un vago perfume de violeta; sus cabecitas, maravillosas y locuelas, dejaban tras de sí un reflejo de cabellos de oro; en las calles del jardín, bordeadas de bojés recortados, relucía la arena al sol de aquella tímida mañana de otoño, y sobre la arena, entre las faldas arrolladas al correr, unas piernas finas, cubiertas con medias caladas, hacíanlas magníficamente tentadoras.

X

Pasaron unas semanas y la desilusión y aburrimiento de Floriano era cada vez mayor. Le invadía un estado morboso de inconsciencia é incertidumbre que hasta le privaba de las ganas de comer.

Don Silvestre le había acabado de desilusionar, aunque, en verdad, ninguna ilusión alimentara firmemente. Esta sólo existía en sus padres, que, como el primer día, veían en su hijo el futuro personaje que les había de brindar honra y esplendor.

Mas la solución no estaba en sus propios esfuerzos. Estaba en algo que el mismo don Silvestre podía resolver, el cual no tenía pleitos ni cuestiones que encomendarle; pero, ¡ah!, tenía dos hijas casaderas, á la sazón sin novio, sin compromiso, que eran un encanto, y una de ellas, la mayor, que atendía al nombre de Eugenia, ¿no podía quererle y llegar á ser su esposa? Después de todo, su carrera, la fortuna de su padre, su tipo no mal parecido... Poco á poco brotó en Floriano una pasión, con timidez, pero con fuerza; y á medida que iba creciendo, sentíase con menos valor y con más inapetencia.

Una tarde se lo dijo á su padre; éste se asom-

bró al pronto, mas luego lo encontró natural.— Después de todo...—decía. Y como una genialidad de su hijo, como una gran idea, propia de su talento, la aplaudió sin reservas, animándole á que se decidiese.

Y, con pretextos insignificantes, fué á ver más de una vez á don Silvestre, y al cruzar el jardín buscaba con impaciencia la arrogante figura de Eugenia. Cuando lograba verla, llenábase de emoción. Si estaba cerca, la saludaba con una reverencia ceremoniosa, poniéndose co-

Alvino contrajo matrimonio con Rosa una mañana en que el cielo nublado, sin azul, derramaba sobre la tierra una luz suave. Hubo las solemnidades de rigor, pero se prescindió de aquellas que son costumbre inveterada en el país, tal como la música, los cohetes, los globos y otros mil festejos que se prodigan cuando alguno de los contrayentes ocupa desahogada posición. No faltó, sin embargo, la típica y sabrosa empanada y el



lorado como una cereza. Otras veces, aparentando un paseo, rondaba la finca, temeroso, lleno de cortedad, estirando los puños y cuidando del lazo de la corbata; y cuando asomada al muro, que cubierto por un parral alambrado y sujeto por postes de piedra, corría á todo lo largo, Eugenia reía con su hermana y alguna doncella, Floriano, desconcertado, escondíase en la revuelta ó entre unos árboles, desde donde la miraba con ojos avariciosos. Luego, cuando se retiraban, él se iba también, descontento de sí mismo, de su cortedad, y al llegar al Arroibal cubierto de polvo y lleno de cansancio, escribía una carta de declaración que á la mañana siguiente rompía en mil pedazos y los arrojaba por la ventana que daba sobre el pomar, entonces sin flores, sin pomos, sin frutos y sin verdor.

irritante acordeón, no desterrado aún por nuestra mala ventura de las aldeas gallegas; pero si se echó de ver el descontento y frialdad entre las familias de ambos.

Los novios se miraban sonrientes. Ella, ataviada con traje negro, aparecía con el rostro encendido por la emoción, y su boca, que ya gustara de los besos del novio, parecía el capullo de un rosal aldeano y oloroso, próximo á la eclosión, bañado por el «orballo» de la mañana.

La madre de Alvino abrazó á su nuera, terminada la ceremonia. Fué aquel abrazo como el sello duradero de un cariño familiar é inrompible, y propicia á derramar una lágrima en los momentos solemnes, tuvo en aquél las de rigor. La ocasión y el momento no eran para menos. Rosa, sin pizca de sinceridad, dijo, prendida entre sus brazos:

—Todo lo pasado, pasó...

Floriano dió la mano á los contrayentes, y el señor Ramón abrazó á sus hijos, y echando mano á un bolsillo, extrajo un puñado de monedas de cobre, que arrojó á unos rapaces que gritaban dando vivas á la novia y al padrino.

El nuevo matrimonio hizo su nido en una casucha baja, pegada á la paterna de Alvino, que



su padre le cedió. A los dos días, Alvino se entregó de nuevo á sus labores, cuidando las fincas de su padre con el mismo afán y cariño de siempre; el mismo cariño del buen labrador que no se acuesta sin pronosticar el tiempo que hará al día siguiente, y se levanta con el alba y sabe la hora que es mirando á la inmensa esfera del cielo estrellado.

Alvino era feliz; cuando retornaba del monte ó del prado, su mujer, que lo esperaba á la puerta, lo colmaba de cariños, sintiéndose arrebatado por sus brazos, robustos, impecables,

que gustaban de la dulce tregua del rudo trabajo del campo para dedicarse al delicado de confeccionar las prendas blancas de un futuro rapaz, que había de ser «feitzeiro», como la madre, y labrador, como el padre.

Floriano, á veces, los contemplaba con cierta envidia. El quisiera una felicidad igual, al lado de Eugenia Moscoso, aquella adorable muchacha hija de don Silvestre.

Ahora la amaba en silencio, frecuentaba poco el palacio, no rondaba el muro; no había logrado hablarla, y esto le hacía aplazar para más adelante su firme decisión, que le proporcionaba doble sufrimiento, manifestado en sus modales y en sus largos ratos de meditación sentado en algún ribazo de la huerta ó sobre la cama, donde se tumbaba á lo ancho y á la larga, como un gañán cansado de trabajar. Más de una vez, Alvino le encontraba de aquella manera y sonreía con bondad, talmente como si le inspirase lástima.

Y en verdad que era digno de ella. El pobre estaba adolecido de amor, un amor sin grandeza, sin más ideal que el egoísmo y el interés. Emparentar con los Moscoso era su único sueño, sin procurar hacer mérito alguno, más que los que creía suficientes, que era su flamante título de abogado que para nada le servía, las huertas de su padre, que ignoraba cuántas eran, y los dineros de la casa, que bien había hecho menguar.

Su padre no hacía más que decirle que se dejara de rodeos, y menos, por la parte de fuera del muro del palacio.

—¿Pues qué?—le decía—, si no quiere don Silvestre y quiere ella, se amuela él. Escríbele una carta, y como tienen educación, que la ha recibido, te contestará; guíate por mí, que soy viejo, muchacho.

Floriano guardaba silencio.

—Además, va para un año que te hiciste abogado. Hay que pensar en algo. ¿Quieres que le hable yo á don Silvestre?

Estas palabras parecieron deleitar á Floriano.

—No, mi padre, no; si es necesario, ya le avisaré.

XII

Por fin un día decidióse á declararse á Eugenia por carta. Escribió varios borradores á cual más pedestre, y, por fin, puso en limpio el más insubstancial. Aún tardó varios días en mandarla; pero, al cabo, en un momento de decisión, hallándose en Portoval, la echó al correo.

Y esperó contestación con la misma impaciencia que el reo de muerte puede esperar el indulto. Y la contestación no llegaba; y volvieron á pasar más días y Floriano los pasó sumido en una especie de letargo, lleno de temor, y momentos hubo que en vez de la misiva alada, creía

ver á don Silvestre que venía en busca de él para pedirle cuentas muy estrechas de su atrevimiento.

Algunos instantes sospechó que Eugenia tendría novio, ausente acaso, y en otros renacía en su alma la flor de la primera ilusión.

Pero pasaron quince días de vana espera, y dispuesto á salir de dudas se encaminó á Romarey, llevando como pretexto de su visita á don Silvestre un recado de su padre, sobre la tala de un roble que sombreaba un trozo de terreno destinado á coles y hortalizas, propiedad de la casa de Moscoso.

Al llegar al palacio, tan pronto penetró en el jardín, dióse á buscar con la vista á Eugenia, sin lograr verla. Pensaba que su presencia refrescaría la memoria de su amada, y que, de haber ocasión, aunque sólo fuera al pasar, la diría algo, una sola palabra, suficiente para sacarle de dudas.

Por más que avizoró á todos lados, fué inútil. Sólo una hortelana, entre los macizos, podaba un rosal, con una gran tijera que producía un ruido extraño. Un girasol estirado, multicolor y pomposo, lucía cara á él...

Miró á los balcones, á las galerías, y... nada. Entró en el despacho de don Silvestre y le habló breves momentos; don Silvestre tenía prisa; le esperaba el coche para ir á Portoval, á una pequeña consulta que tenía que celebrar con don Angel—don Angel era un abogado de fama—, y quería regresar pronto, pues tenía invitados distinguidos á almorzar. Se despidieron.

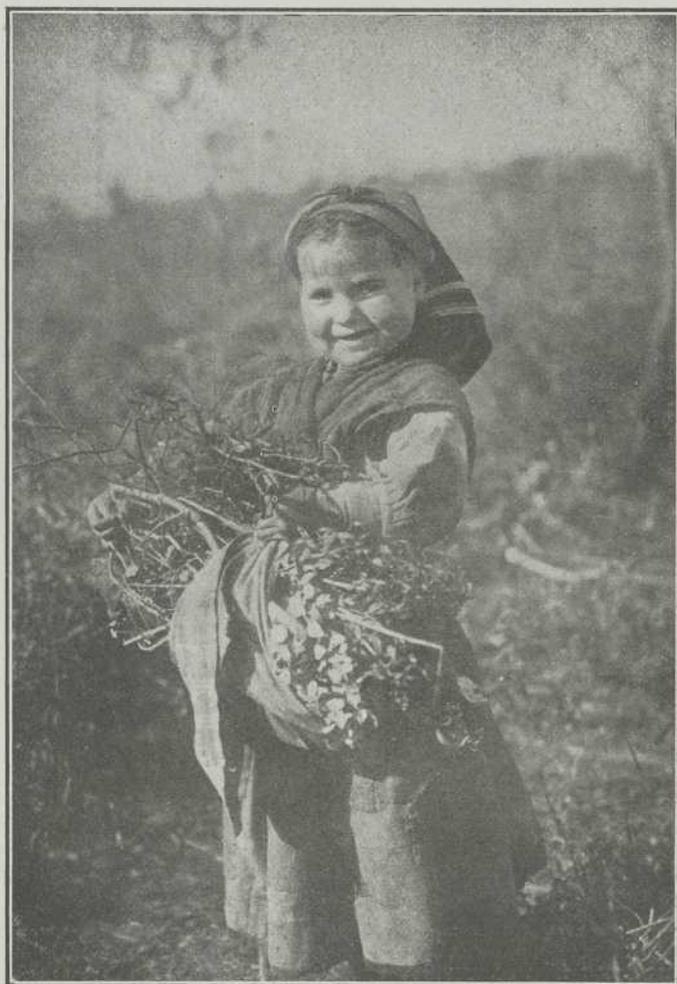
Floriano abandonó el despacho. Cruzó el jardín, y, de pronto oyó que le llamaban; al volver la cabeza, vió á la hortelana, que se le acercaba para entregarle con misterio algo que traía bajo el mandil.

—De parte de la señorita Eugenia, que tome.

Y le hizo entrega de una carta. Al recibirla entre sus dedos sintióse emocionado, le cayó el bastón al suelo y no fué capaz de dar un paso. Miró á su alrededor sonriente, satisfecho y azorado, y de pronto, junto á unos macizos de mirto que rodean la figura de un animal de extraña cabeza con palas de chivo, como un dios Pan teatral y grotesco, sonaron unas carcajadas largas, burlonas, crueles...

A grandes pasos traspuso la verja. Aquellas carcajadas no debían ser por él, aunque lo parecía, aunque le resonaban á burla y le zumbaban los oídos. En sus ojos chispeaba una espe-

ranza: la carta lo diría. No se pudo contener más; sus dedos, temblorosos, rasgaron el sobre, y de entre ellos, torpes, cayó al suelo la carta; se inclinó á recogerla y sonaron de nuevo las carcajadas; aquella carta era la misma que Floriano había escrito... Las carcajadas eran de Eugenia y su hermana...



XIII

Transcurrieron un par de meses. La madre de Alvino pasaba gran parte de los días con Rosa y con su nietecito, un niño de mes y medio, lindo como un «carabel» y agudo como un sarillo. La vieja había ido tomando cariño á su nuera, que, hecha una gran moza, de anchas caderas y pechos erguidos, tenía todo el tipo de la matrona fecunda, fresca y poderosa. El señor Ramón babeaba cuando veía á su nieto sonreír cara á él, con su boquita sin dientes y sus labios colorados. Alvino, feliz, trabajador como siempre, reflejaba en su semblante, atezado y lleno de bondad, la dicha de que era dueño. Floriano, en cambio, vivía torturado. Comprendía que su orgullo había sido improcedente y, bien á su pe-



zar, esforzándose en comprenderlo, aunque le era costoso, no veía muy bien el motivo de su petulancia.

Pero era necesario seguir en aquella apostura. Sus padres indicábanle con harta frecuencia, indirectamente, que es como peor sientan las relictencias, que se iba haciendo preciso tomar una determinación. Estaba en la flor de la vida; era un hombre hecho y derecho; muchas onzas costara su carrera... y otras mil cosas salían de los labios labriegos de sus padres, que antes sólo se movieran para prodigarle elogios y para hacer cálculos de fantasía...

Y Floriano, que ahora todo le picaba, todo le molestaba y todo era motivo para alzar la voz, desahogándose de esta forma del martirio de su vida interior, en choque constante consigo mismo, hizose de un carácter inaguantable, engraido por su memez y por la bondad que sus padres habían tenido siempre con él.

En la aldea, los mozos de su misma edad, aquellos con quien se revolcara en las eras y con los que había cogido nidos, le miraban con cierto desprecio, y hasta alguno tenía para él una sonrisa irónica y burlona. ¡Como que en el Arroibal se llegó á saber el cuento de las de Moscoso, las del palacio de Romarey...!

Su padre iba perdiendo la ilusión aquella de que su hijo llegaría á ser esto y lo de más allá, de que tendría mando y otras zarandajas por el estilo.

Pero, aun á pesar de todo, no le abandonaba una remota esperanza, pues no le cabía en la cabeza que, después de tantísimo gasto, de tanta onza invertida en los estudios, no fuera á sacarse algún producto. Mas, llegó el día que, describiéndose ante sus ojos el velo que le impidiera durante varios años ver la realidad, comprendió con amargura que nada debía esperar de su hijo.

Era todo un vago, incapaz de emprender obra buena, incapacitado para dedicarse á algo práctico, y volvía los ojos hacia Alvino, á quien despreciara antes y en quien ahora reconocía

méritos sin cuento. ¡Qué hubiera sido de sus tierras, de sus gruesas haciendas, de sus ganados, sin el cuidado de él, laborioso, inteligente y sumiso! Alvino hiciera engrosar las cosechas, rellenar la trox, el hórreo, y la bodega del vino, éste sabroso cada vez más, como el mejor del Avia ó del Condado; todo hablaba de abundancia, de hartura, de años prósperos. Y Rosá, hecha una mujer hacendosa, con dos brazos robustos para el trabajo y para acariciar á Alvino y para cuidar del pote y del «erío», cada vez más lindo, aún más que un «carabe» mismamente, eran la santificación de un hogar que daba envidia y daba «xenio», como decía en dialecto el señor Ramón.

Así iban las cosas y así corría el tiempo... que es el tiempo y son las cosas buena enseñanza y buenos maestros...

Y llegó la primavera, y el pomar se engalanó con pomas y el campo de colores y el cielo de nubes blancas y la aldea verdeaba en la gran suavidad del aire bajo el azul. Al pie de los cerezos volvieron á ladrar los mastines, y por las noches se oía el asobío burlón de los mirlos...

Y Floriano, más taciturno que antes, encogido, con las manos cruzadas á la espalda, sin libros ya bajo el brazo, casi escondido en los rincones, junto á las ventanas, no apartaba su mirada, señil y embebecida, de la brumosa lejanía.

... Y fué cuando ya las uvas pintaban y los pardillos y gorriones parleros ensordecían las arboledas, festejando la cosecha próxima.

Floriano había llenado de ropas un baúl, uno de esos baúles como navíos, que tienen clavos dorados y trozos de cuero velludo, y vinieron un día de Cuba ó del Brasil, y sentados en los cuales, sus dueños cuentan cien veces largas hazañas y andanzas, y que quedan luego en un rincón, como testigos mudos y como arcas veneradas de recuerdos familiares.

El mismo baúl iba á ser compañero de Floriano. Bien cabía en él su gran desengaño; mas



ahora, lleno de ropas, bien repleto y cumplido, no dejaba un solo hueco para aquel bagaje sin peso y sin base.

Floriano se iba á América. Era un emigrante más...

Se opuso enérgicamente á que algunos parientes le acompañasen hasta Portoval; allí le despedirían algunos conocidos que habían de acompañarle hasta el puerto.

Y se despidió de sus padres, abrazándoles lleno de palidez y de emoción, sin una lágrima en los

ojos. Luego abrazó á otros parientes y conocidos, á Rosa, que lloraba escondida, con su hijo en el regazo, y, por último, dirigiéndose á Alvino, que estaba con la cabeza baja, lo aprisionó emocionado entre sus brazos y rompió á llorar como un niño; los dos hermanos se unieron en un abrazo fuerte; sus lágrimas se juntaron y sus labios, temblorosos, no fueron capaces de pronunciar una sola palabra... Hubo que separarlos.

Floriano, sin más compañía que un bastón y un pañuelo atado por las cuatro puntas, emprendió camino por el sendero aquel que va hasta el empalme. Siempre le había parecido una senda tortuosa, y nunca como aquel día se le mostró recta y perfumada de mil aromas.

Al llegar á un alto, volvió la cabeza hacia el llano del Arroibal y desapareció entre los troncos de un pinar...

Combarro (Pontevedra).

Septiembre 909.

Prudencio Cavito

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

FÉMINA

POR

Angela Barco

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMÁTICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^a

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NOCIONES DE AGRICULTURA

POR

FERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Catedrático de Agricultura y Director del Instituto de Cuenca y Escribano Profesor de la Escuela Normal de Madrid.

Para los alumnos de las escuelas normales y opositores á escuelas públicas.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: **PEREZ MARTIN VELASCO Y COMP.^a**
MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

Fábrica de corbatas

GAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. **CAPELLANES, 12.** Precio fijo

RUDIMENTOS DE DERECHO

Y ALGUNAS NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR **ESCRIBANO**

- 1.º Para los alumnos de ambos sexos que cursan el Magisterio de primera enseñanza.
- 2.º Para los opositores á Cátedras de Escuelas Normales.
- 3.º Para los opositores á escuelas públicas.
- 4.º Para cuantas personas quieran poseer aquellas nociones de Derecho que obligan á todo ciudadano en un país civilizado.

¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50
MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

Madame ZHÁNNRE Tiene su CON-

SULTA, CADIZ, 7, de 10 á 7, sobre Fortuna, Amor, Juego, Bolsa, Amigos, Porvenir, Ciencia por Números. Por carta. CADIZ, 7, Madrid.

EFFECTOS DE VIAJE A. BLASCO
4, MALASAÑA, NÚM. 4

GRANDES TALLERES DE
ENCUADERNACION DE

JOSÉ YAGÜES

8 -- N U N C I O -- 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc.

Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas

El Cuento Semanal

REVISTA ILUSTRADA

Redacción y Administración, Fuencarral, 90. -:- MADRID

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.
- 2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda*.
- 3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.
- 4.* Eduardo Zamacois: *La cita*.
- 5.* Salvador Rueda: *La guitarra*.
- 6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.
- 7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*
- 8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.
- 9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.
10. José Francés: *El alma viajera*.
11. Eduardo Marquina: *La caravana*.
12. Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo*.
13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas*.
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.
15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.
17. Amado Nervo: *Un sueño*.
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.
19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas*.
20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita*.
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.
23. A. Larrubiera: *La conquista del ídolo*.
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas*.
25. Colombine: *El tesoro del castillo*.
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas!*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.
30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.
31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.
32. Angel Guerra: *Al ¡jallo!*
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.
34. Cristóbal de Castro: *Luna, Lunera...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.
37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.
38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.
39. Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.
40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.
41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan*.
43. Julio Camba: *El destierro*.
44. Miguel Sawa: *La Muñeca*.
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.
46. J. Ferrándiz: *El «Dios iras» de San Huberto*.
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.
48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.
49. J. M.* Salaverria: *El literato*.
50. Apeles Mestres: *La espada*.
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.
53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino, por Joaquín Dicenta*.
Precio: 50 céntimos.
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel anador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.
56. Eduardo Marquina: *«La Muestra»*.
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.
58. Sinesio Delgado: *Espiritu puro*.
59. Pedro de Répide: *El solar de la Bolera*.
60. Eduardo Zamacois: *El Collar*.
61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.
62. Gabriel Miró: *Nómada*.
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usta*.
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.
65. José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.
66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.
69. Felipe Sassone: *Vieudo la vida*.
- 70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.
72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.
73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.
74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.
75. Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.
76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.
77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.
78. Ramón M. Tenreiro: *Embriyamiento*.
79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.
80. Joaquín Dicenta: *La galanía*.
81. Colombine: *Senderos de vida*.
82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.
83. José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.
84. Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.
85. Eduardo Marquina: *Corneja siniestra...*
86. Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.
87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.
88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.
89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.
90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.
91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.
92. Joaquín Dicenta: *Galería*.
93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.
94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.
95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.
96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.
97. Eduardo Zamacois: *El paraltico*.
98. Felipe Trigo: *Las pasadas del Amor*.
99. J. M.* Salaverria: *Mundo subterráneo*.
100. A. González-Blanco: *Un amor de provincia*.
101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.
102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.
103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.
104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.
106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Cariño*.
107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.
108. R. Urbano: *La Santa Fe*.
109. F. Flores García: *El Padrino*.
110. G. Martínez Sierra: *Egloga*.
111. Felipe Trigo: *Lo irreparable*.
112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.
113. J. Benavente: *¡A ver que hace un hombre*.
114. Cijes Aparicio: *La Veiganza*.
115. F. Periquet: *Exhausto*.
116. López de Haro: *Vulgaridad*.
117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.
118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.
119. Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.
120. Pedro Mata: *La Celada de Alonso Quijano*.
121. R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de añoñero*.
122. José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.
123. Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.
124. Pedro G. Magro: *Hidalguía morisca*.
125. Ricardo León: *Amor de caridad*.
126. F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.
127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.
128. Eduardo Marquina: *Beso de oro*.
129. Guillermo Hernández Mir: *Pedazos de vida*.
130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.
131. Eugenio Noel: *Alma de Santa*.
132. Luis de Tapia: *Así en la Tierra...*
133. Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubies*.
134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.
135. E. Menéndez y Pelayo: *El Mote*.
136. Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.
137. Luis Huidobro: *Carucho*.
138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regúlez*.
139. J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.
140. Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.
141. Benigno Varela: *La Terrorista*.
142. Andrés González-Blanco: *El castigo*.
143. Francisco Villaespesa: *El último Abderramán*.
144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.
145. F. Falero Marquina: *Kara Avis*.
146. Felipe Trigo: *A todo honor*.
147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.
148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.
149. Rafael López de Haro: *Del Tajo en la Ribera*.
150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.
151. Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.
152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.
153. Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*
154. Carlos Fernández Shaw: *El Poema de Caracol*.
155. Luis Cánovas: *El obstáculo*.
156. Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.
157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Magdyares*.
158. Salvador Rueda: *El poema á la mujer*.
159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.
160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las sonterías...*
161. Arturo Reyes: *De mi almibar*.
162. Vicente Almola: *La senda triste*.
163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.
164. Carlos Miranda: *Mi niña*.
165. Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.
166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.
167. Felipe Sassone: *En carne viva*.
168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrín*.
169. Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.